

LOS BONAPLATA, TRES GENERACIONES DE INDUSTRIALES CATALANES EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

JORDI NADAL
Universidad de Barcelona

En la primavera y comienzos del verano de 1830, hasta el 3 de julio, fecha de su reembarque para el continente, los barceloneses José Bonaplata —«fabricante privilegiado, por cinco años», como «introducido en España de las máquinas de hilar los estambres, y de los telares mecánicos»— y Juan Rull —«fabricante real», en mérito a haber adoptado «la máquina de pintar indianas»— viajaron por Inglaterra, con el triple objeto de conocer directamente la industria textil del Lancashire, de adquirir maquinaria (por valor de más de 400.000 reales) y de colocar «en una de las principales fábricas de Manchester, para adiestrarse», a otro joven compatriota apellidado Camps. Al término de la visita, de paso para Francia, «los dos industriales catalanes» expusieron al embajador español en Londres, don Francisco de Cea Bermúdez, su propósito de montar en Cataluña «una fábrica de hilados y tejidos mecánicos según el nuevo método inventado y perfeccionado en Inglaterra, de que se han enterado a fondo, logrando introducirse en todos los talleres y recogiendo las noticias y los datos más interesantes».

Encandilado con la idea, el diplomático se apresuró a escribir al conde de Ofalia, su igual en París, con la recomendación de que dispensara a los dos viajeros «toda la protección que pueda franquearles, para facilitar en lo posible el logro del principal objeto de su viaje, que es el de recoger noticias sobre los progresos que ha hecho en ese país la fabricación de aquellos artefactos que más especialmente ocupan su atención en el día», y con la advertencia de que José Bonaplata no debía ser confundido con su hermano Ramón, exiliado en Marsella, cuyas supuestas complicidades —que Cea desmentía rotundamente— «en las tramas que urden los revolucionarios» había motivado una nota de protesta del propio Ofalia al conde de Polignac, presidente del Consejo de Ministros de Francia, el 12 de mayo anterior (1). A co-

(1) La carta, de fecha 5 de julio de 1830, se conserva en el A. G. de Simancas, bajo la referencia E. 8235. Debo su conocimiento, así como el de la que se menciona en la nota 2, a la generosidad de Gonzalo Anes.

mienzos de octubre, en carta remitida por el conducto de la Embajada parisiense, Cea Bermúdez puntualizó a José Bonaplata, todavía en Francia, que estaba dispuesto a abonar sus proyectos (que en este momento se concretaban en «establecer en las montañas de Asturias y Galicia varias fábricas de hilados, tejidos y pintados de algodón y, también, de construcción de máquinas») ante el ministro de Hacienda, en Madrid (2).

De regreso a Barcelona, José necesitó unos meses para poner sus planes a punto y presentarlos al Gobierno. Formalizada el 13 de junio de 1831, la propuesta ofrecía «el montaje de unos talleres con máquinas de hilados o filaturas de estambre y algodón por los sistemas de Keint y de Damforth, traídas del extranjero y movidas por un vapor, y una fábrica de fundición», a cambio de una ayuda económica (3). Poco después, el 30 de septiembre, mientras el expediente seguía su curso en Madrid, el industrial formó la «Sociedad Bonaplata, Vilaregut, Rull y Cía.», dotada con un capital de 150.000 libras catalanas (1.600.000 reales de vellón) y con una duración prevista de cinco años (4). Finalmente, el 22 de diciembre, el Ministerio de Hacienda hizo pública la contrata con el empresario catalán, que se articulaba en dieciocho cláusulas: las nueve primeras para fijar con toda precisión el número, o la capacidad, de los elementos productivos tocantes al ramo textil, así como la cantidad anual de hiladoras y de telares (amén de los precios de venta correspondientes) a construir en la fundición y el taller de maquinaria; la décima, para consignar la renuncia de Bonaplata al privilegio de introducción de maquinaria textil extranjera, que le había reconocido una Real Orden de 26 noviembre de 1829; la undécima, facultándole, en cambio, para traer de

(2) Estas precisiones se contienen en el billete de Cea Bermúdez a Ofalia, confiándole su mensaje para Bonaplata (misma referencia de archivo que la de la nota precedente).

(3) Cf. el "Dictamen de la comisión de Hacienda sobre la indemnización solicitada por D. José Bonaplata, del comercio de Barcelona" (*infra* nota 28).

(4) VICENS VIVES, J., *Industrials i polítics del segle XIX*, Ed. Teide, Barcelona, 1958, pp. 49-50. Los consocios de J. Bonaplata en esta primera compañía eran Joan Rull, Josep Giral, Miquel Vilaregut, Valentí Esparó y Josep Colomer. El 24 de julio de 1832, en virtud de nueva contrata, se incorporarían a la sociedad Ramón y Narcis Bonaplata (*apud* la "Escritura de convenio y concordia entre D. José Bonaplata y D. José Giral, por sí y en virtud de poderes de varios interesados en el asunto" de la indemnización debida por la quema del establecimiento en 1835, Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, notario Raimundo de Gálvez, protocolo 23.527, de fecha 5 de octubre de 1837). Cabe precisar, aún, que los poderes a que se acaba de aludir (que acompañan a la escritura mencionada) incluyen igualmente a Salvador, el mayor de los hermanos Bonaplata. En cambio, en ningún caso se cita a los dos restantes vástagos de la pareja Bonaplata-Corriol: Jerónimo, cuya existencia, ya cerrada, conocemos por una alusión en el testamento de Ramón (*infra* nota 44), y Dolores, la madre de Félix Macià Bonaplata, uno de los hombres de "La Maquinista Terrestre y Marítima, S. A.", a quien cabría el honor de terminar el ferrocarril de San Juan de las Abadesas a Barcelona, en 1881.

fuera, libres de todo derecho y por espacio de cinco años, el «hierro colado, cobre y carbón de piedra que juzgue necesarios para su taller y fundición»; la duodécima, para puntualizar, no obstante, la obligación «de ensayar los hierros colados de las fábricas del Reino, especialmente los de la Concepción de Marbella», y «también el carbón de piedra nacional, a fin de preferir aquéllos y éste a los extranjeros en igualdad de circunstancias, y a dar cuenta al Gobierno de las observaciones que puedan conducir al fomento de estos ramos tan interesantes»; la decimotercera, para atender a la conveniencia de permitir en la fábrica el estambre inglés, debido a la inferioridad del español, aunque «sin perjuicio de ensayar también la lana larga de Aragón y tierras de Talavera»; las tres siguientes para tratar de la indemnización de 65.000 duros (1.300.000 reales) concedida al empresario y modo de cobrarla; la decimoséptima, regulando la protección de la empresa por parte del intendente, y la última, precisando el momento de recaudarse el dinero con que satisfacer el monto de la indemnización económica prometida (5).

Por razones no explicitadas, que sin embargo serían fáciles de encontrar, la fábrica «a la inglesa», esto es, accionada por la energía del vapor, de «Bonaplata, Rull, Vilaregut y Cía.», no fue levantada «en las montañas de Asturias y Galicia», como se había pensado, sino en plena calle de Tallers de la ciudad de Barcelona. De su marcha se tienen pocas noticias. El año 1832 parece haber visto el estreno de la fundición; el 1833, el del establecimiento de hilados y tejidos de varias materias (6). En el curso del primer semestre de 1835 la empresa llegó a contar con una plantilla de seiscientas a setecientas personas y se estimó que «la utilidad que ha producido en la provincia es imponderable, pues separando el proporcionar la subsistencia a muchas familias, ha servido como de modelo para propagar los conocimientos y mejoras en una infinidad de ramas» (7). Muy poco después, en la noche aciaga del 4 al 5 de agosto del mismo año, la fábrica y el taller fueron víctimas de un asalto seguido de incendio que los redujo a cenizas.

(5) Circular de la Dirección General de Rentas, de la que se conserva una copia en el Archivo de la Junta de Comercio de Barcelona (Biblioteca de Catalunya), leg. 80, núm. 1060. Su redactor material habría sido Manuel M.^e Gutiérrez, vocal secretario de la Junta de Aranceles (cf. FERRER Y VALLS, Gerónimo, *Cartas históricas, filosóficas, estadísticas, agrícolas, industriales y mercantiles*, Barcelona, 1846, t. I, pp. 152-153). El documento fue publicado por M. GARCÍA VENERO en su libro *Cataluña*, Editora Nacional, Madrid, 1954, pp. 93-97.

(6) Estas fechas se deducen del documento citado en la nota 21, de 4 de marzo de 1833, en el que se notifica que la comisión de la Junta de Comercio, nombrada el 3 de enero precedente, «vio la fundición de varias piezas, algunas de ellas primorosas y otras de bastante magnitud», en tanto que la fábrica textil se hallaba pendiente del montaje de la máquina de vapor, «recién llegada», que había de moverla.

(7) *Estadística de España...*, escrita en francés por Mr. Moreau de Jonnés, traducida y adicionada por el Lic. D. Pascual Madoz e Ibáñez, Imp. de M. de Rivadeneyra y Cía., Barcelona, 1835, p. 194.

zas (8). La aventura industrial de Bonaplata y sus amigos había durado menos de cuatro años.

A pesar de ello, la fábrica Bonaplata ha quedado como una piedra miliar en la historia de la industrialización española. En vísperas de ser destruida, Pascual Madoz ya le había atribuido «una completa revolución» en la hilatura de algodones (9). Once años más tarde, cuando sus instalaciones eran un simple recuerdo, el mismo autor hubo de insistir en que el humo de la fábrica Bonaplata había marcado «el principio de una nueva era industrial» (10). Transcurridos otros dos, o sea en 1848, Juan Illas hizo, con referencia a ella, el primer uso en España del término «revolución industrial» (11). Al cabo de veinte más, en 1867, Ildefonso Cerdá iniciaría su *Teoría general de la urbanización* recordando que el espectáculo de la fábrica Bonaplata, a su llegada a Barcelona, procedente de Vic, le había hecho comprender «que la aplicación del vapor como fuerza motriz señalaba para la humanidad el término de una época y el principio de otra», y se hallaba, en definitiva, en el origen de su vocación de urbanista (12).

Sin perjuicio de reconocer la perspicacia de estos testimonios coetáneos, el historiador de hoy se siente inclinado a aguarlos un poco.

Por una parte, el proceso de la industrialización española ha sido bastante más complejo y zigzagueante de lo que ellos sugieren. Por otra, la historia de la firma «Bonaplata, Vilaregut, Rull y Cía.» es, en sí misma, la historia de una iniciativa desplegada con muchas dificultades y terminada de la manera más desastrosa, que marca decisivamente el destino de su principal protagonista. Tanto, por lo menos, como símbolo del despegue industrial debe mirarse como ejemplo de las resistencias, los obstáculos y las tentaciones opuestas a la modernización económica en la España del siglo XIX.

Cuando en Londres confió sus sueños al embajador Cea, José Bonaplata no era ningún advenedizo. Nacido, en 1795, del matrimonio formado por

(8) "El mismo día y por el mismo movimiento, fue asaltada y en parte destruida otra fábrica, de propiedad exclusiva del que suscribe (Joan Vilaregut, el socio de Bonaplata), en la villa de Gracia, extramuros de Barcelona. Era el primer blanqueo montado a la moderna, con máquina de vapor, etc. De resultas de aquel desastre, hubo que deshacer la fábrica, perdiendo las tres cuartas partes del capital que se había invertido en ella" (carta de J. Vilaregut al director del periódico *La Nación*, de Madrid, reproducida en el *Diario de Barcelona* de 13 de enero de 1853).

(9) Cf. nota 7.

(10) MADDOZ, *Diccionario...*, tomo III, 1846, p. 478.

(11) *Memoria sobre los perjuicios que ocasionaría en España, así en la agricultura como en la industria y comercio la adopción del sistema del libre cambio*, Imp. de A. Gaspar, Barcelona, 1849 (en la p. 83 se precisa que fue redactada en mayo de 1848), p. 50.

(12) CERDÁ, Ildefonso, *Teoría general de la urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la reforma y ensanche de Barcelona*, tomo I, Imp. Española, Madrid, 1867, p. 7.

Ramón Bonaplata y Roig (13) y Teresa Corriol y Sala, había trabajado largos años en el taller familiar de pintados de indianas, ayudando a situarlo en el puesto octavo, de los cuarenta y siete que formaban el censo barcelonés en 1829 (14). Un poco antes, al aproximarse la fecha de retirada del padre —«por su avanzada edad»— y de acceso del *hereu* Salvador (la madre procedía de la parroquia de San Salvador de Breda (15), en la diócesis gerundense) al frente del negocio (16), José habría optado por emanciparse y formar compañía con Juan Vilaregut. La juventud, el ímpetu de los nuevos socios se dejaría sentir enseguida: en 1828, Bonaplata y Vilaregut parecen haber instalado, en una fábrica de Sallent (de donde era el segundo) alquilada a la familia Torras Amat, los primeros telares mecánicos aplicados al algodón; en noviembre de 1829 arrancaron el permiso, ya citado, de introducir máquinas extranjeras «de urdir, adobar y tejer toda clase de hilos»; por las mismas fechas, las dificultades en el uso del agua del Llobregat inducirían a los jóvenes empresarios a abandonar Sallent y a levantar una fábrica nueva, y propia, al vapor, en el litoral (16 bis). En cualquier caso, el hijo del estampador aspiraba a convertirse en fabricante de pleno derecho. Para escoger la maquinaria más pertinente y familiarizarse con ella, Bonaplata decidió trasladarse, en compañía de Rull —nuevo socio— y de Camps, al Reino Unido.

La noticia del apoyo oficial a la empresa sentó muy mal en Cataluña. Los algodonereros locales temían una repetición del caso Dofus, el notorio fabricante de Mulhouse que, como contrapartida a su promesa de erigir una planta textil en el Real Sitio de San Fernando, había forzado la Real Orden de 3 de julio de 1829, facultándole para introducir desde luego la enorme cantidad de 30.000 piezas, de 35 varas cada una (877.695 metros en total), de percales y muselinas estampadas de Alsacia (17). El privilegio, que con-

(13) De la escasa información tocante al iniciador de la dinastía industrial, cabe destacar el hecho de que fuera nombrado consejero municipal de Barcelona, el 26 de julio de 1812, bajo el dominio francés (MERCADER, Juan, *Barcelona durante la ocupación francesa, 1808-1814*, C.S.I.C., Madrid, 1949, p. 180).

(14) GRAELL, Guillermo, *Historia del Fomento del Trabajo Nacional*, Imp. de la Vda. de Luis Tasso, Barcelona, s. a., pp. 428-429.

(15) La partida de bautizo puntualiza que había nacido el 19 de mayo de 1761, siendo hija de Salvador Corriol, molinero, y de Francisca Sala (Arch. Par. de Breda, Bautizos, libro 3.º, p. 162).

(16) Circular de la firma, de fecha 24 dic. 1829, en el Arch. de la Junta de Comercio de Barcelona, leg. 79, núm. 442.

(16 bis) Cf. BENET I CLARÀ, Albert, "La indústria tèxtil a Sallent", en *L'esparver* (Sallent), VI, núms. 34-35 (nov. 1980-abril 1981), pp. 18-21. Este artículo, que aclara algunos puntos oscuros, aunque no todos, me ha sido comunicado por Ernest Lluch.

(17) Los pactos entre Dollfus y la Hacienda se contienen en la circular impresa que la Dir. General de Rentas dirigió a Aduanas el 13 de agosto de 1829 (un ejemplar en Arch. de la Junta de Comercio de B., leg. 79, núm. 333).

tradicía el régimen prohibitivo entonces imperante, había levantado ampollas en el Principado (18). Como todavía parecen aventurar unos historiadores actuales, Bonaplata ¿no sería «un simple contrabandista que estaba montando todo el aparato de su fábrica de vapor para justificar la entrada ilegal de tejidos de fuera»? (19). Con el fin de evitar tal eventualidad, la Junta de Comercio catalana ya manifestó su oposición al proyecto en la fecha de 25 de febrero de 1831 (20) y la mantuvo, sin concesiones, por espacio de más de dos años. Sólo en marzo de 1833, tras una minuciosa visita de inspección, la Junta cambió de actitud y reconoció cautelosamente que no había habido engaño, que Bonaplata estaba cumpliendo sus promesas: «Se observa en el establecimiento de que se trata asiduidad en el trabajo. Se han ya invertido en él y siguen invirtiéndose sumas crecidas, y la industria recibirá un notable impulso de tan interesante proyecto si, continuando la empresa en el mismo sistema de actividad que hasta ahora, se logra la satisfacción de verlo realizado en la forma contratada» (21).

No corresponde a este lugar el relato de las conmociones sociales que, en el verano de 1835, acabaron con el establecimiento. A resultas de una enmarañada combinación de factores muy diversos, entre los que Maluquer destaca, con razón, el ingrediente luddita (el odio de los trabajadores a domicilio contra las labores mecanizadas) (22), lo cierto es que la empresa que simbolizaba la moderna industria catalana se había ido a pique. En cambio, parece procedente rastrear la reacción de su promotor. Imaginamos la congoja del industrial que, en unas horas, había visto anulado el esfuerzo de largos años. Tenemos conocimiento de su primer reflejo, consistente en preservar el resto de su patrimonio. A los cuatro meses del desastre, José Bonaplata adquirió, por 187.000 reales, la finca denominada «El Espinar», en término de Liria, antigua pertenencia del monasterio valenciano de San Miguel de los Reyes, que había sido desamortizada en 1821 (23). Entonces,

(18) GRAELL, *Historia del Fomento...*, pp. 29-36.

(19) IZARD, Miquel, i ARACIL, Rafael, "El procés d'industrialització", dentro del fascículo *Col·loqui d'historiadors. Barcelona, 3-4 de maig de 1974* (organizado por el Centro de Estudios Históricos Internacionales, de la Universidad de Barcelona), edición patrocinada por la Fundació Jaume Bofill, Barcelona, 1974, p. 95.

(20) "... por ningún estilo es de accederse a los proyectos de Bonaplata", se dice en carta de la Junta al intendente de Cataluña (Arch. de la Junta de Comercio de B., libro 136, sin foliar). El 12 de marzo del mismo año, Pablo Félix Gassó, secretario de la entidad, mandó copia de este informe a Marcos de Urquidí, representante de la Junta en Madrid, con encargo de elevarlo al ministro de Hacienda (*ibidem*, legado 79, núm. 771).

(21) Comunicación de la Junta al intendente, fechada a 4 de marzo de 1833 (*ibidem*, libro 137, s. f.).

(22) MALUQUER DE MOTES, Jordi: *El socialismo en España, 1833-1868*, Ed. Crítica, Barcelona, 1977.

(23) Archivo del Reino de Valencia, Protocolos Notariales, Protocolo 8.917 (notario Salvador Hervás). La escritura de venta es del 24 de diciembre de 1835.

como ahora, la propiedad rústica rendía poco, pero era considerada un bien seguro. La granja, a la que pertenecía «lo mejor del término en tierras de sembradío, viñedos, olivos, algarrobos e higueras, de que hay grande plantación», y comprendía «una sólida y magnífica casa de campo con todas las oficinas necesarias, un oratorio, una magnífica cisterna para conservar las aguas pluviales para el consumo, y diferentes balsas para el abasto de los ganados», había de convertirse en el refugio predilecto del antiguo fabricante. El nuevo dueño la mejoró con un molino aceitero y una espectacular plantación de almendros (24). Bonaplata da la impresión de haber sido un propietario ilustrado, cada vez más atraído por las labores campesinas.

Por las mismas fechas en que se hacía con El Espinar, el ex industrial invirtió la suma de 1.490.000 reales en la «Compañía del Canal de Tamarite», promovida desde Barcelona por su amigo Antonio Gassó y Calafell (25), para «el colosal empeño» de unir las aguas del Cinca-Esera, en la provincia de Huesca, y las del Segre, en la de Lérida, con vistas al regadío de la comarca intermedia —La Litera— y a la comunicación del Alto Aragón con el mar. El proyecto se inscribía, pues, dentro de la «manía canalista» que en España, igual que en Inglaterra o en Francia, precedió a la era ferroviaria, y había sido privilegiado por la Real Cédula de 25 de abril de 1834. La sociedad debía dotarse con un capital de 120 millones, para el que se calculaba un rédito anual del 58 por 100. Es lógico que este premio atrajese a los inversores, pero también lo es que suscitase la oposición de las poblaciones que, a fin de cuentas, deberían satisfacerlo (26). Los censos exigibles a los beneficiarios de la obra eran desmesurados. Entendiéndolo así, un grupo de accionistas, encabezado por Pascual Madoz, preconizó un cambio de los estatutos sociales que conciliase los intereses de los pueblos y de los accionistas (27). Fue inútil. La empresa se estrelló contra su propio egoísmo y no pudo prosperar. En 1845, al consignarlos en su testamento, Ramón Bonaplata hubo de atribuir un valor nulo a los tres títulos del Canal de Tama-

Los vendedores fueron los hermanos Francisco Casabone, hacendado, y Carmen C., esposa de Juan José Ferrando, contador de propios de la provincia de Valencia, cuyos padres habían comprado la finca a Manuel Bas y éste al Crédito Público en 1821.

(24) MADDOZ, *Diccionario...*, VII, 1847, p. 570. Gracias a estas mejoras, el valor de la finca había pasado de 187.000 reales, en el momento de la adquisición, a 240.000 a la muerte del adquirente (cf. testamento de Ramón Bonaplata, *infra* nota 44).

(25) Antonio Gassó, muy probablemente emparentado con aquel Félix Gassó que, como secretario de la Junta de Comercio, tanta oposición había hecho a la fábrica de «Bonaplata, Rull, Vilaregut y Cia.», será uno de los albaceas testamentarios de José y uno de los tutores y curadores de su hija Sofía.

(26) Cf. BIARGE, Aurelio, «Un modelo capitalista para la provincia de Huesca en 1834. El canal de Tamarite», en *Cuadernos Aragoneses de Economía* (Universidad de Zaragoza), curso 1977-1978, Zaragoza, 1978, pp. 51-63.

(27) MADDOZ, *Diccionario...*, XIV, 1949, p. 583.

rite de Litera heredados de su hermano José. Con el nombre definitivo de Canal de Aragón y Castilla y el protagonismo final de Joaquín Costa, el sueño —muy recortado— de Gassó y sus consocios no se haría realidad hasta 1906.

Al mismo tiempo que buscaba seguridad para el patrimonio restante, nuestro héroe se aplicó en hacer inventario de las pérdidas sufridas en el incendio de la fábrica y en pasar la cuenta al ministro de la Gobernación, el 27 de noviembre de 1835. El monto de los daños ascendía a 2.696.625 reales y 17 maravedís; su causante habían sido «los trastornos políticos que no supieron contener las autoridades civiles y militares» (28). En última instancia, la Administración era responsable y debía indemnizar. Perplejo, el ministro decidió solicitar el dictamen de la Diputación Provincial de Barcelona y del Consejo Real. Ambos organismos se inclinaron a favor de las tesis del demandante. El segundo añadió, sin embargo, que la reparación correspondía a la ciudad de Barcelona, la cual podía satisfacerla, por mitades, mediante un reparto vecinal y un ligero aumento de los derechos de puertas.

Sin atender a la última sugerencia, Joaquín M.^a López, titular del Ministerio de Gobernación, pasó finalmente el expediente a las Cortes, con la súplica de que autorizasen al Gobierno a que, «según lo permita la escasez del Tesoro Público, indemnizase a la referida sociedad de manera que pudiese restablecerse aquel establecimiento». Aunque la solución era justa, la extrema penuria por que atravesaban las finanzas estatales le quitaba toda efectividad. Comprendiéndolo así, «acudió don José Bonaplata a las Cortes con su exposición de 1 de abril del presente año [1837], a nombre de la expresada sociedad, manifestando que, sin ánimos de renunciar el derecho de indemnización que tiene entablado, y queriendo conciliar esta justa demanda con un auxilio que pudiese acordar el Gobierno en medio de los apuros actuales, propone que a fin de no dejar desterrado un principio de industria que, llevado a su estado de perfección, no solamente podría competir con la industria extranjera, sino que aún la alejaba de nuestro país, se atrevía a comprometerse de nuevo a remontar un taller de construcción de máquinas y una fundición de hierro colado en escala mayor que el destruido, logrando de esta manera reorganizar el principio radical de la industria española, esperando con fundamento que las Cortes, no menos penetradas de la utilidad e importancia del objeto, autorizarían competentemente al Gobierno de Su Majestad para que pudiera facilitarle, en virtud de nueva contrata que se

(28) Cf. "Dictamen de la comisión de Hacienda, sobre la indemnización solicitada por D. José Bonaplata, del comercio de Barcelona", en *Diario de sesiones de las Cortes constituyentes (17 de octubre de 1836 a 4 de noviembre de 1837)*, tomo VII, Madrid, 1872, pp. 4703-4704. El documento reconstruye la historia entera del contencioso, a partir de la notificación de los daños causados por el asalto de la fábrica, de 27 de noviembre de 1835.

otorgaría, la cantidad que se conviniese». Las Cortes sometieron la nueva propuesta a su Comisión de Hacienda. Sin perjuicio de reiterar la «rigurosa justicia» de la indemnización, el parecer de la última fue que el arreglo definitivo debía incluir la renuncia formal a cobrar por parte de Bonaplata y asociados.

Superado el bache moral causado por la pérdida de las instalaciones de la calle Tallers, el antiguo fabricante había sido ganado, nuevamente, por la pasión industrialista. El 20 de mayo del mismo 1837, bastante antes, pues, de que la Comisión de Hacienda resolviese, José formó en Madrid la sociedad «Bonaplata, Sanford y Cía.», con el fin de erigir la fundición y la industria de construcciones mecánicas ofrecidas al Gobierno (29). Guillermo Sanford era un maquinista inglés muy acreditado en la capital. La sociedad acabaría instalándose en el ex convento de mercedarios descalzos de Santa Bárbara, en pleno barrio de Hortaleza (30), procedente de bienes nacionales (31). Bonaplata, que a sus cuarenta y dos años continuaba soltero, improvisó un hogar en una de las habitaciones del propio edificio.

La asociación con Sanford se prolongó por espacio de dos años y medio. El 27 de noviembre de 1839, sin que sepamos exactamente por qué, José apeó al inglés de la sociedad, relegándole a la condición de simple técnico, e incorporó a ella a sus dos hermanos, Ramón y Narciso. Es posible que la convicción de quedar definitivamente sin herederos directos le indujese a promocionar a los miembros más jóvenes de la familia. Pero tampoco puede descartarse que, sintiéndose solo y quizá enfermo, buscara la compañía física, más aún que mercantil, de los suyos. En cualquier caso, José, Ramón y Narciso Bonaplata formaron la razón «Bonaplata Hermanos» con el doble objeto de continuar la explotación del establecimiento madrileño y de montar otro nuevo, de fundición primero y de construcciones mecánicas después, en la ciudad de Sevilla. Para sostener ambos negocios, los tres socios escrituraron un capital de 200.000 reales, con destino a la fábrica capitalina, y otro de 90.000, para la sevillana. Estas sumas debían ser aportadas por partes iguales, salvo los últimos 50.000 reales de la primera, que serían prestadas por José al interés del 6 por 100, y una eventual ampliación de la segunda (hasta 200.000 reales), igualmente comprometida por el hermano mayor, en caso de que fuera necesario. Ramón administraría la factoría de Madrid y Narciso

(29) Información procedente del documento notarial citado en la nota 32.

(30) Al dar por sentado que el convento de Santa Bárbara se hallaba en Barcelona, y no en Madrid, el libro de Alberto DEL CASTILLO, *La Maquinista Terrestre y Marítima, personaje histórico (1855-1955)*, I. G. Seix y Barral, Barcelona, 1955, página 31, introdujo en la historia, de por sí oscura, de los Bonaplata un elemento de gran confusión. Uno de los confundidos fue el propio VICENS VIVES, en su *Industrials i politics*, pp. 56-57.

(31) Este origen, que podía imaginarse, viene confirmado en el testamento de Ramón Bonaplata (*infra* nota 44).

la de Sevilla. Autorrelegado a la condición de socio pasivo, sin sueldo, José impuso, no obstante, la obligación de consultarle «toda duda que sobre la marcha de la fábrica ocurra» y de pedirle consentimiento «para hacerse sustituir en aquellos encargos personales que por este contrato se imponen a cada uno de los directores por alguna otra persona» (32).

Al asociarse en el otoño de 1839, los tres hermanos Bonaplata habían fijado a la compañía una duración de diez años. Este plazo no se cumplió. A los dos años justos de haber empezado a correr, Narciso pidió la separación, obligando a rehacer los pactos (33). Por un lado, el benjamín quedó como único dueño del establecimiento que él mismo había montado en la capital andaluza. Por el otro, José y Ramón se reservaron la propiedad de la fábrica de Madrid, así como el uso exclusivo de la marca. Reconstituida en estas condiciones, la firma «Bonaplata Hermanos» fue objeto de nueva contrata en mayo de 1843, escriturándose un capital de 403.068 reales y 13 maravedís, de los cuales 263.451 rs. y 18 mrs. correspondían a José, «según los libros actuales», y los restantes 139.616 rs. y 29 mrs. a Ramón, administrador único, como antes, aunque con el compromiso de compartir la tarea con el hermano «en cualquier caso que a éste le acomode» (34).

Esta reserva constituye un indicio de la precaria condición física del beneficiario. El «acomodo» del documento debe relacionarse con el estado de salud del creador de la fábrica de «Santa Bárbara». Desde 1839, por lo menos, José Bonaplata sufría trastornos respiratorios graves, que le impedían atender regularmente a los negocios. Su testamento, hecho en mayo de 1840, ya había sido una cautela frente al riesgo de un ataque fulminante que le impidiese expresar la última voluntad (35). La circunstancia de entregarlo a uno de sus albaceas el día 30 de mayo de 1843, cuando se disponía a trasladarse a Liria, da a entender que el viajero temía lo peor.

Los temores del peregrino eran fundados. En la villa de Buñol, cuando se hallaba cerca de alcanzar la finca tan querida, el dueño de El Espinar

(32) "Escritura de sociedad otorgada entre los señores D. José, D. Ramón y D. Narciso Bonaplata, hermanos, que tiene por objeto seguir la fábrica de construcción de máquinas de hierro colado" (Arch. Hist. de Protocolos de Madrid, A.H.P.M., protocolo 23.549, notario Raimundo de Gálvez).

(33) La escritura de separación fue otorgada el 25 de noviembre de 1841, ante el notario madrileño Gumersindo de Gálvez, según se dice en el documento citado en la nota 34.

(34) "Escritura de sociedad para la fundición de yerro, otorgada entre los señores D. Ramón y D. José Bonaplata, en 10 de mayo de 1843" (A.H.P.M., protocolo 25.159, notario Nicolás Ortíz).

(35) "Testamento de D. José Bonaplata" (A.H.P.M., protocolo 24.939, notario Raimundo de Gálvez).

sucumbió al postrer ataque de asma, el 2 de junio de 1843 (36). Contaba cuarenta y ocho años de edad y no dejaba sucesión directa, pues una niña —Sofía— habida de la unión ilegítima con Jesusa Romero de Oliván (37), a la que finalmente parece haber hecho su esposa (38), le había premuerto tres años antes, el 3 de junio de 1849 (39). Esta circunstancia, prevista en el testamento del extinto, convirtió a sus dos hermanos menores en herederos únicos del finado.

¿Cómo eran Ramón y Narciso, llamados a suceder a José Bonaplata? Empecemos con el primero, a quien competía finalmente la plena propiedad de «Santa Bárbara» (40). Nacido en Barcelona el año 1799 (41), Ramón vivió una adolescencia doblemente marcada por la guerra contra el francés y por el rechazo de las ideas y las prácticas absolutistas. Se cuenta que fue el primero en disparar los cañones contra el edificio barcelonés de la Inquisición en una de las *bullangues* de 1820 (42). Consta que vivió exiliado en el sur de Francia, con algún viaje a Suiza (43), durante la mayor parte de la «década ominosa». Averiguamos que una de sus disposiciones finales consistió

(36) Arch. Parroquial de San Pedro Apóstol de Buñol (Valencia), registro de entierros, tomo X, folio 356 v.º Debo la comunicación de este documento a la amabilidad del cura párroco, D. Josep Monter.

(37) Mediante copia de la partida incorporada al testamento de su padre (*supra* nota 35), sabemos que la criatura había sido bautizada el 24 de septiembre de 1839, en la parroquia de San Luis, habiéndosele “echado agua de socorro”. La partida menciona su condición de “hija natural”.

(38) La partida de entierro (*supra* nota 36) puntualiza que José B. era “marido de doña Jesusa Romero”.

(39) La fecha del óbito de Sofía aparece consignada en la “Transacción y convenio entre D. Ramón Bonaplata y D.ª Jesusa Romero” para ejecutar el testamento de José B., firmada el 23 de mayo de 1845 (A.H.P.M., notario Isidro Ortega Salomón).

(40) En 1841, la separación de Narciso respecto de la firma “Bonaplata Hermanos” dejó sin valor la cláusula del testamento de José, de fecha anterior, que legaba la fundición de Santa Bárbara a sus dos hermanos cadetes. Acaecido el óbito de José, éstos formalizaron en dos documentos la exclusiva del establecimiento industrial a favor de Ramón: “Transacción y sociedad que otorgan los señores D. Ramón y D. Narciso Bonaplata, el primero de esta Corte y el segundo de la ciudad de Sevilla, relativamente a la fábrica de hierro colado establecida en el ex convento de Santa Bárbara de esta capital”, de 19 de agosto de 1843, y “Transacción y convenio que otorgan D. Ramón Bonaplata y el apoderado D. Narciso Bonaplata, hermano de aquél”, de 16 de marzo de 1844 (ambos documentos en A.H.P.M., protocolo 24.645, not. Isidro Ortega Salomón).

(41) En la partida de nacimiento de su hijo Eduardo (*infra* nota 42) se designa que Ramón es “ágé de treinta ans”.

(42) Información contenida en el manuscrito “Notas para la historia del linaje de los Bonaplata”, debido a D. Emilio Bonaplata Caballero, bisnieto de Ramón, ya extinto, que muy gentilmente me ha dejado consultar su hijo D. Emilio Bonaplata González Mendoza.

(43) Por ejemplo, en la primavera-verano de 1830, con ocasión de acompañar, junto a su esposa y a su suegra, a “un cuñado gravemente enfermo” (según la carta citada en la nota 1).

en dejar una manda «a las órdenes piadosas y Lugares Santos de Jerusalén» y «además doce reales para socorro de las familias de los que murieron en la guerra contra Napoleón» (44). Liberal, patriota y creyente, otra cláusula testamentaria nos lo muestra poco vanidoso, enemigo de la ostentación: sobre «la forma de entierro, misas y sufragios que hayan de celebrarse por su alma», ruega [a su esposa] que no haga gasto alguno superfluo, ateniéndose a lo más modesto y económico, porque así es su voluntad, cuyo cumplimiento le exige en cuanto puede».

Para el futuro, el episodio más relevante de la juventud de Ramón Bonaplata fue el exilio marsellés, de 1823 a 1830. Y no por sus presuntas actividades revolucionarias, a las que ya hemos hecho referencia, sino por sus actividades profesionales, como asociado de una casa de comercio (45). Marsella era, en aquella época, una ciudad de poco más de 150.000 habitantes, notoria por su industria química y por el tráfico de su puerto. Uno de los negocios más rediticios era la importación del plomo español, embarcado en los fondeaderos de la Penibética. Dos firmas de origen hispánico, la de Luis Figueroa y la de «Cabanellas, Frères et Cie.» (hasta 1826), estaban ganando crédito y dinero con él (46). Sin llegar a suponer que nuestro exiliado se empleara precisamente en una u otra, no tenemos la menor duda de que los éxitos de ambas habían de obsesionarle durante el resto de sus días.

Acogiéndose a una de las amnistías decretadas por Fernando VII, Ramón Bonaplata regresó a España en el curso de 1831. Le acompañaban su esposa, Josefina Roura y Bonet, hija del científico José Roura y Estrada, titular de la cátedra de «Química aplicada a las artes» (sufragada por la Junta de Comercio), que en 1826 se había hecho famoso por haber iluminado con el gas de hulla el salón de la Lonja del Mar barcelonesa, y el hijo de ambos, Eduardo Bonaplata y Roura, nacido en Salon-de-Provence en 1829 (47). Ramón debió volver desengañado de la política y con la preocupación de dar estabilidad a su joven familia. Este sería el motivo de que entrase a formar parte de la empresa «Bonaplata, Rull, Vilaregut y Compañía» el 24 de julio de 1832 (48). En Barcelona primero y en Madrid después, el antiguo «revolucionario» ha-

(44) Testamento de Ramón Bonaplata, otorgado en Madrid el 4 de octubre de 1845 (A.H.P.M., protocolo 24.645, not. Isidro Ortega Salomón); debo este documento, así como el de la nota 53 bis y el artículo de la nota 60, a la investigadora sevillana María José Álvarez Pantoja.

(45) Según la carta de Cea Bermúdez citada en la nota 1.

(46) He tratado de los orígenes de la fortuna de los Figueroa, basada en la comercialización del plomo de Arrayanes, en el capítulo "Andalucía, paraíso de los metales no ferrosos", inserto dentro de la obra colectiva *Historia de Andalucía*, tomo VII: *La Andalucía liberal (1778-1868)*, Editorial Planeta, S. A., Barcelona, 1981, pp. 399-460.

(47) BONAPLATA CABALLERO, "Notas..."

(48) *Supra* nota 4.

bría de permanecer durante más de diez años a la sombra de su hermano José.

Al verse dueño absoluto de la fundición madrileña, a mediados de 1843, el primer pensamiento de Ramón fue desprenderse de ella (49). Aunque la venta fracasó, probablemente por la cortedad de las ofertas, el intento tiene, para nosotros, el interés de desvelar las ilusiones y las intenciones del propietario. Por una parte, una fábrica de este tipo tenía en Castilla unas posibilidades de expansión muy limitadas; por otra, la fiebre minera que se estaba apoderando de España avivaba en el nuevo amo el rescoldo de los viejos recuerdos marseleses. El verdadero negocio no se hallaba en el beneficio del hierro, sino en el laboreo de minas. Consecuente con su idea, Ramón aprovechó la primera oportunidad (unos trabajos no cobrados) para hacerse con la mina de plomo «La Virgen», la más acreditada del término de Bailén (50). Un débito de más de 676.444 reales, contraído para ponerla en obra, y que se halló pendiente en el momento de su óbito, en 1850, habla bien a las claras del empeño del flamante minero (51). Tras él, el mayor de los hijos, Eduardo (52), asumiría plenamente las ilusiones paternas, al fijar su residencia en aquella localidad de la Sierra Morena y abandonar en manos de su madre el cuidado de la factoría madrileña (53). Pero antes de entrar en la historia de la tercera generación de los Bonaplata industriales, conviene referirse a la trayectoria del menor de los miembros de la segunda.

Narciso Bonaplata debió parecerse más a Ramón que a José. Nacido en 1807 (53 bis), en Barcelona como sus hermanos, las primeras noticias que le conciernen son dos cartas de su padre, fechadas a 26 de mayo y 26 de junio de 1823, para prevenirle contra la corrupción de los malos cristianos «en este infelice tiempo», contra «la epidemia [que] a veces son los libros para perder nuestras almas», contra la doctrina engañosa propagada por «El

(49) "...habiendo intentado vender su fábrica a los pocos meses de ser él único dueño..." (testamento de Ramón B., *supra* nota 44).

(50) MADOZ, *Diccionario...*

(51) BONAPLATA CABALLERO, "Notas..."

(52) La descendencia de Ramón Bonaplata y Josefa Roura se completó con Julia (nacida en 1832), Antonia (n. 1836), Teodoro (n. 1843) y Josefa (n. 1849 ó 1850).

(53) En 1866, la viuda de Ramón Bonaplata seguía al frente de la fundición, asociada otra vez con Sanford (*Información sobre el derecho diferencial de bandera y sobre los de aduanas exigibles a los hierros, el carbón de piedra y los algodones...*, tomo II: *Hierros*, Imp. Nacional, Madrid, 1867, p. 188), aunque no en el antiguo convento mercedario, adjudicado en diciembre de 1861 al Crédito Mobiliario Español, a causa de dificultades financieras, sino en la finca llamada "Tejar del Cerro", de Chamberí, adquirida en mayo de 1864 (BONAPLATA CABALLERO, "Notas...").

(53 bis) Fecha deducida de un codicilo de N. B., otorgado el 22 de septiembre de 1865, cuando contaba cincuenta y ocho años (Archivo Histórico de Protocolos de Sevilla, notario Pablo M.^a Olave, libro 19).

Zurriago» y «La Tercerola» (los periódicos más corrosivos del Trienio, ciertamente), contra el error de «quantos os apartáis de la doctrina católica, apostólica, romana» (54). El destinatario de la doble filípica era un adolescente de dieciséis años. Esa extrema juventud debió librarle de seguir a su hermano por los caminos del exilio, unos meses más tarde. Narciso permaneció en Barcelona durante los años de la reacción absolutista, probablemente empleado en el taller familiar de pintados hasta que ingresó en «Bonaplata, Rull, Vilaregut y Cía.» (55), cuya fábrica intentaría defender con las armas en 1835 (56). O sea, una juventud entregada al trabajo, sin tiempo ni ocasión para otras actividades, aunque también coherente con su manera de pensar y de sentir, como lo demostraría el hecho de desposar a una parisiense plebeya por más señas, que acudió al altar sin más dote que «las ropas de su uso», frente a los 400.000 reales aportados por el cónyuge (57). El matrimonio de Narciso Bonaplata y Palmira Michel se celebró en Barcelona en 1836. La pareja tuvo a su primer hijo en Valencia el año siguiente. No sería extraño que las reticencias del clan Bonaplata ante una unión tan desigual hubiese aconsejado el cambio de aires.

La expatriación había de ser definitiva. Después de pasar a Madrid como socio de «Bonaplata Hermanos», en 1839, Narciso aceptó, suponemos que con sentimiento de liberación, el encargo de montar y dirigir la factoría sevillana, en 1840. El éxito le acompañó en la empresa. Instalada, como la de Madrid, en un convento desafectado, la fundición de «San Antonio» fue la más importante de la capital andaluza, hasta erigirse la de «Portilla White», en 1857. Una de sus obras maestras fueron las piezas del puente metálico llamado de «Isabel II», sobre el Guadalquivir, imitando el puente del Carrousel, sobre el Sena, en París (58). No satisfecho con este desarrollo, el menor de los Bonaplata creó, además, una hilatura de lana, que en 1861 contaría con 30 cardas y 810 husos, y un pequeño tinte de algodón (59). Como en tantos otros casos, Sevilla cautivó al forastero; en justa correspondencia, el empresario catalán se entregó a ella sin reservas. En 1846, Narciso Bonaplata y José M.^a de Ybarra, dos regidores municipales oriundos del norte

(54) Las cartas vienen reproducidas en facsímil y transcritas en el artículo de INFANTE-GALÁN referenciado en la nota 60.

(55) *Supra* nota 4.

(56) El 27 de julio, al producirse las primeras amenazas, Narciso, capitán del primer batallón de la Milicia Nacional, obtuvo del general Llauder permiso para defender con sus hombres el establecimiento fabril (PIRALA, Antonio, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, tomo I, Madrid, 1889, p. 623.

(57) Testamento de Narciso Bonaplata, fechado en Sevilla el 22 de octubre de 1851 (Arch. Hist. de Protocolos de Sevilla, notario Pablo M.^a Olave; debo este documento a Francisco de la Peña).

(58) MADUZ, *Diccionario...*, XIV, 1849, p. 404.

(59) GIMÉNEZ Y GUITED, Francisco, *Guía fabril e industrial de España*, Librería Española, Madrid, y Librería del Plus Ultra, Barcelona, 1862, pp. 146 y 148.

de España, brindaron a la ciudad que los había adoptado la idea de organizar anualmente un certamen ganadero (60). El certamen, conocido enseguida como Feria de Abril, arraigó en la forma que todo el mundo sabe.

La descendencia de Narciso y Palmira se completó con dos hijas, sevillanas ambas, que recibieron los nombres de Josefa (nacida en 1842) y de Malvina (en 1844). A falta de otro varón, Oscar, el vástago valenciano, parecía destinado a continuar los negocios paternos. En realidad, le faltaban condiciones personales para ello. Débil de carácter y veleidoso, prefirió cursar la carrera de abogado a la de ingeniero y llevó una vida disoluta, con múltiples aventuras sentimentales y mercantiles, que causaron muchos sinsabores a sus allegados (61). Convencido de que no podía contar con él, su padre optó finalmente por vender la fundición (62) y la fábrica textil y retirarse. Narciso Bonaplata murió en Sevilla, en 1869. Con él desaparecía, sin sucesores efectivos, el último miembro, y el más joven, de la segunda generación del linaje industrial de los Bonaplata.

En términos empresariales, que son los que aquí interesan, la tercera generación quedaba reducida al sobrino Eduardo Bonaplata y Roura, hijo de Ramón y Josefina, a quien hemos dejado en Bailén al frente de la mina «La Virgen» adquirida por su padre. Tras los éxitos de Gádor, Almagrera y Campo de Cartagena, los años 1850 fueron los del despertar de la industria plomera de Sierra Morena (63). Eduardo, uno de sus más decididos impulsores, debió enriquecerse con ella, como parecen probarlo el hecho de casarse con la hija de un poderoso hacendado local en 1860, de socorrer generosamente a su madre, entrampada hasta los huesos, en 1867 (64), de levantar una de las mejores fundiciones del lugar (65) y de adquirir para residencia familiar la casa palacio del duque de Osuna y del Infantado, en enero de 1869 (66). La mansión, conocida localmente con el sobrenombre de «El Castillo», era la más hermosa de Bailén, sumando «2.580 m² en toda su

(60) INFANTE-GALÁN, Juan, «La Feria de Abril», en *Boletín de Información Municipal. Sevilla*, núm. 3 (1973), pp. IV-VI.

(61) BONAPLATA CABALLERO, «Notas...».

(62) La antigua fundición de «San Antonio» giraba ya a nombre de «Pérez Hermanos» en febrero de 1866 (cf. *Información sobre el derecho diferencial de bandera...*, t. II: *Hierros*, pp. 171-177).

(63) He tratado de ese despertar en el trabajo que se cita en la nota 46.

(64) BONAPLATA CABALLERO, «Notas...».

(65) La fábrica «La «Minerva», construida en la Dehesa de las Yeguas, del término de Bailén, que no se halla aún concluida; pero tanto por la escala en que se va montando como por la situación que ocupa, debe ser con el tiempo una de las primeras del distrito. Hoy ya llama la atención por el número de hornos con que ha empezado a funcionar, por lo espacioso de sus dependencias y por ser la única que tiene armaduras y cubiertas metálicas» (*Estadística Minera*, 1868, p. 59).

(66). A.H.P.M., protocolo 27.691, notario Claudio Sanz y Barea. El precio se fijó en 180.000 reales.

extensión, incluso cuerdas, pajar, almacén y patios», y componiéndose «su parte principal de piso bajo con diferentes habitaciones entre salones de paso y cuartos dormitorio, cocina y bodegas; y el piso alto de más habitaciones también entre salones de paso y dormitorios y sus correspondientes guardillas en toda ella». Para amueblarla dignamente, el nuevo propietario hizo traer una partida de caoba directamente de Cuba (67). Rumboso, y algo pródigo, el continuador de aquel Ramón Bonaplata tan austero obsequió a sus conciudadanos con el primer teatro de Bailén, instalado a sus expensas en una antigua posada de la calle de San Sebastián. En reconocimiento a sus méritos, y a sus aficiones, el municipio le designó miembro de la comisión encargada de revisar las cuentas concejiles en noviembre de 1871 (68), y de la comisión «de ornato público» en septiembre de 1873 (69).

La buena estrella de Eduardo era, no obstante, una estrella fugaz, que estaba próxima a extinguirse en la última fecha. Sin que sepamos por qué, las minas «La Virgen» y «El Correo», conocidas conjuntamente con el nombre de «Coto Bonaplata», que formaban la mejor parte del patrimonio de nuestro hombre, pasaron, probablemente con la fundición «La Minerva», a manos de Ignacio Figueroa hacia 1875 (70). El 15 de septiembre del mismo año, por causa de una deuda impagada, la justicia adjudicará su residencia «El Castillo» a la sociedad minera «Los amigos de Reding» (71). Tres más tarde por las mismas fechas en que el Jurado de la Exposición Internacional de París le premiaba con medalla de bronce una muestra de sulfuro de plomo (72), Eduardo, fiador sin recursos de un tal Juan Francisco de Urda, arrendatario insolvente de los derechos de consumo de cereales y sal durante el ejercicio de 1874-1875, veía ejecutar, por el Ayuntamiento esta vez, el resto de sus bienes: la mina «La Perla», con su malacate; el «chaparral de Burguillos» (22 fanegas de tierra, poblada en su mayor parte de encinas)

(67) BONAPLATA CABALLERO, "Notas..."

(68) Ayuntamiento de Bailén, Actas: sesión extraordinaria de 15-XI-1871 (documentación proporcionada por Joan Alegret y Berta Nadal).

(69) Ayuntamiento de Bailén, Actas: sesión extraordinaria de 25-IX-1873.

(70) En 1905, el "coto Figueroa", antiguo "coto Bonaplata", sería adquirido por la Société Houillère et Metallurgique de Peñarroya (*Revista Minera, Metalúrgica y de Ingeniería*, LVI, p. 154).

(71) En 1889, la comisión liquidadora de "Los amigos de Reding" venderían la finca a Pablo Manot Vall y éste al municipio en 1894 ("Escritura de venta de una casa palacio sita en la calle de Santa Gertrudis de esta ciudad, otorgada por D. Ramón Sainz y García como apoderado de D. Pablo Manot y Vall a favor del Ayuntamiento de esta ciudad, ante D. Antonio Guzmán Armenteros", notario de la localidad, fechada a 4 de febrero de 1894 y conservada en el archivo municipal).

(72) UMBERT, Marcelino, *España en la Exposición Universal de París de 1878. La ciencia, las artes, la industria, el comercio y la producción de España y de sus colonias ante los jurados internacionales*, Imp. de M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1879, p. 273.

y la «dehesa de las Yeguas» (532 fanegas, con varias huertas de riego, por lindar con el río Guadiel), cuyo suelo albergaba las minas «Emma I» y «Emma II» (73). El adjudicatario volvió a ser «Los amigos de Reding» (74), entonces en plena euforia (75).

Arruinado, Eduardo Bonaplata consumió el resto de sus días (hasta el 12 de febrero de 1896) en distintos pisos, cada vez más modestos, de las calles Fuencarral y Churruca, de Madrid. En 1880 tuvo que vender «El Tejar del Cerro», en donde, como hemos visto, había acabado la fundición origen de la fortuna familiar; en 1883 hizo lo propio con «El Espinar», la finca compartida con sus hermanos (76). De su matrimonio con la bailenense Juana Godoy Robles había tenido diez hijos, de los cuales sólo dos chicos y una chica alcanzaron la edad adulta. De los varones, el mayor, Eugenio (nacido en 1869), optó por marchar a Filipinas; Ernesto, el pequeño (nacido en 1870), abrazó, en cambio, la carrera militar. Después de tres generaciones, la veta industrial de los Bonaplata se había agotado.

(73) El anuncio de la subasta fue publicado en el *Bol. Of. de la Provincia de Jaén*, núm. 2873, de fecha 22 octubre de 1878.

(74) La adjudicación tuvo efecto el 18 de noviembre de 1878. De ella quedó finalmente excluida la mina «La Perla», en atención al condominio ejercido sobre ella por otras personas, desde mayo de 1867.

(75) En 1880, las 91 y 3/4 acciones de la compañía llegaron a cotizarse a 50.000 y hasta a 60.000 reales cada una (MARTOS, Julián de, *Guía de Linares y sus minas. Con una reseña histórica, estadística y geográfica de todos los pueblos de su provincia de Jaén*, Linares. Imp. de Julián de Martos e Hijo, 1880, p. 59).

(76) BONAPLATA CABALLERO, «Notas...».